



# actas

**del consejo general**

---

año LXXV  
enero-marzo de 1994

**n.º 347**

órgano oficial  
de animación  
y comunicación  
para la  
congregación salesiana

Direzione Generale  
Opere Don Bosco  
Roma



# actas

**del consejo general  
de la sociedad salesiana  
de san juan bosco**

---

ÓRGANO OFICIAL DE ANIMACIÓN Y COMUNICACIÓN PARA LA CONGREGACIÓN SALESIANA

**N.º 347**

**año LXXV  
enero-marzo de 1994**

		<i>página</i>
1. CARTA DEL RECTOR MAYOR	<b>El Congreso de los Superiores Generales sobre la VIDA CONSAGRADA HOY</b>	<b>3</b>
2. ORIENTACIONES Y DIRECTRICES	2.1. Asegurar las condiciones para que sea positiva la experiencia de la Formación	<b>29</b>
	2.2. Rezar con los jóvenes	<b>37</b>
3. DISPOSICIONES Y NORMAS	(No se dan en este número)	
4. ACTIVIDAD DEL C. GENERAL	4.1. De la crónica del Rector Mayor	<b>45</b>
	4.2. De la crónica del Consejo General	<b>46</b>
5. DOCUMENTOS Y NOTICIAS	5.1. Circunscripción de estatuto especial para los países	<b>68</b>
	5.2. Nuevos obispos salesianos	<b>69</b>
	5.3. Salesianos difuntos (4.ª relación de 1993)	<b>71</b>

Central Catequística Salesiana  
Alcalá, 164 - 28028 Madrid  
Edición extracomercial

---

Imprime: Gráficas Don Bosco - Arganda del Rey (Madrid)

## 1. CARTA DEL RECTOR MAYOR

# **El Congreso de los Superiores Generales sobre LA VIDA CONSAGRADA HOY**

Introducción.-Importancia del Congreso.-Original planteamiento de los temas.-Dinámica de trabajo.-Núcleos centrales de la Vida Consagrada.-La misión.-La comunión.-La identidad.-La formación y las vocaciones.-¿Qué van a decir los obispos en la próxima reunión sinodal?-En camino hacia el Sínodo.

Roma, solemnidad de la Inmaculada,  
8 de diciembre de 1993

*Queridos hermanos:*

Estamos en el clima litúrgico de la venida del Señor: esperamos la llegada de la Navidad y el comienzo de un nuevo año de vida y de trabajo. Viene espontáneo el expresar los deseos más cordiales de crecimiento en la novedad de Cristo y de fecunda labor en la nueva etapa cronológica. Demos juntos gracias al Señor por cuanto nos ha dado en el período que termina y pidámosle luz y fuerza para todo 1994.

Será el año del esperado Sínodo episcopal sobre la Vida Consagrada: un sínodo que será histórico en los anales de la Iglesia.

A nosotros nos interesa de modo particular saber fortalecer y desarrollar el proceso de renovación que comenzamos hace tiempo.

Como un paso en el camino hacia el Sínodo y aportación al mismo, del 22 al 27 de noviembre de 1993, hubo en Roma un congreso internacional sobre *La Vida Consagrada hoy: Carismas en la Iglesia para el mundo*,

organizado por la Unión de Superiores Generales. A él asistí con otros seis salesianos y una Hija de María Auxiliadora.

Creo que será útil ofrecer a vuestra consideración algunos datos y reflexiones de dicho encuentro, esperando que sirvan para intensificar el clima de preparación al noveno Sínodo ordinario, que tendrá lugar el próximo mes de octubre.

### Importancia del Congreso

En una circular anterior, que llevaba el significativo título de *Invitados a testimoniar mejor nuestra consagración*<sup>1</sup>, hice ver la importancia que tiene en la Iglesia el próximo Sínodo sobre la Vida Consagrada.

La Unión de Superiores Generales, consciente de esta importancia, decidió preparar un congreso que fuera la ocasión de una reflexión amplia y realista y formulara algunas propuestas actuales y concretas que se ofrecerían al Sínodo. El Congreso, aunque partió de la experiencia de los Institutos propiamente “religiosos”, quiso estar abierto a la reflexión sobre toda la Vida Consagrada, por las grandes convergencias que tiene, a pesar de las diferencias, en la comunión de la Iglesia.

En él participaron más de quinientas personas de unas ciento cincuenta naciones: doscientos eran superiores generales —muchos de ellos acompañados de algunos miembros de sus Consejos—, cincuenta presidentes o representantes de Conferencias nacionales de religiosos/as y un centenar de teólogos. También asistieron varios miembros de los dicasterios romanos y algunos cardenales, obispos y seglares. Hay que añadir la participación importante de superioras generales y teólogas de la Unión Internacional de Superioras Generales. Conviene advertir que éstas ya habían celebrado una reunión parecida, puesto que, dado su número y la diversidad de perspectivas,

1. Actas del Consejo General, núm. 342, octubre-diciembre de 1992.

no les pareció posible ni oportuno tener un congreso único.

La celebración de un Congreso de tales dimensiones sobre la Vida Consagrada posconciliar fue un momento de gozosa toma de conciencia de nuestros carismas en la Iglesia y abrió horizontes de esperanza frente a los retos del momento actual.

Fue una experiencia profunda de comunión, diálogo e intercambio entre carismas, tradiciones, continentes y culturas distintas.

Destacó la universalidad, la variedad cultural, la diversidad de los carismas, el sentido de las Iglesias particulares, las experiencias positivas, las perspectivas de futuro, la esencialidad de la consagración, el valor teológico de la misión, las riquezas de la dimensión comunitaria y la llama de ardor que hay que avivar en las nuevas generaciones.

El Santo Padre recibió a todos los congresistas el 26 de noviembre, y les habló de temas apropiados, portadores de esperanza para los consagrados y para toda la Iglesia.

El Congreso, visto en su conjunto, fue positivo, no sólo por la numerosa y constante participación, sino también por la calidad de las aportaciones de estudio, por la intensidad del diálogo y por las observaciones y propuestas que se hicieron.

Terminado el Congreso, dichas "propuestas" fueron objeto de discernimiento por parte de los Superiores Generales en dos días posteriores (1 y 2 de diciembre) antes de mandarlas oficialmente a la Secretaría del Sínodo.

Creo que este esfuerzo de los Institutos masculinos ha sido el más importante para prepararse a la sesión episcopal del próximo mes de octubre.

### **Original planteamiento de los temas**

Un aspecto interesante que merece ser destacado es la

originalidad y el realismo en el planteamiento del Congreso.

Se quiso partir de la situación presente y del camino vivido en el período posconciliar, haciendo emerger los valores constitutivos de la Vida Consagrada como respuestas ya en acto, no obstante las limitaciones que las acompañan, a los retos del cambio de época que estamos viviendo.

Por ello, se siguió un camino diferente del indicado en los "Lineamenta", camino de algún modo complementario, para ofrecer una visión más vivencial, basada en las situaciones concretas de los últimos decenios y en el momento actual, muy distinto de cuando el Vaticano II dispuso y estimuló la actualización de los Institutos religiosos.

Los "Lineamenta" partían del patrimonio doctrinal del Magisterio. En primer lugar delineaban la naturaleza e identidad de la Vida Consagrada y su variedad carismática; pasaban después a la renovación del posconcilio, a pesar de ciertas ambigüedades e limitaciones; por último, presentaban la Vida Consagrada como parte viva de la Iglesia-comunión y de la Iglesia-misión y las exigencias de la nueva evangelización.

En fin de cuentas, fue positivo que el Congreso siguiera un camino diferente para llegar a la misma meta, pues las dos ópticas convergen sustancialmente en sus conclusiones y se refuerzan mutuamente en la profundización y orientación de la Vida Consagrada hoy.

El método seguido por el Congreso supone la conciencia clara de la propia identidad, vivida en la experiencia del tiempo y en el esfuerzo posconciliar de renovación.

Empezar el encuentro con el resultado de una encuesta sociológica de la Vida Consagrada en Estados Unidos (donde algunos consagrados tienen ciertas dificultades) y con un estudio científico del Centro Loyola, de España, sobre 200.000 religiosos/as occidentales, sirvió para ofre-



cer un estímulo a tomar conciencia de la situación real con una base más objetiva.

Ambos estudios sociológicos, limitados en su área y, por tanto, un poco reductivos, no se ofrecieron como lectura global de la realidad de la Vida Consagrada, que también debe tener en cuenta otros parámetros. Sin embargo, pusieron de relieve la utilidad de una mediación sociológica cuando, en una óptica de fe, se trata de descubrir lo que está diciendo Dios a través de los hechos, positivos o negativos, con miras a un discernimiento evangélico del proceso de renovación en un momento nada fácil de transformación.

Esta opción de partir de la realidad invitaba a los congresistas a adoptar preferentemente esta perspectiva en sus reflexiones y aportaciones, tanto más que se trataba, sobre todo, de superiores que se mueven a diario en la compleja responsabilidad de un camino de renovación y, por consiguiente, en una experiencia directa de la vida real.

Después de las encuestas sociológicas, enriquecidas con la experiencia de los asistentes, se pasó a analizar la Vida Consagrada bajo tres aspectos fundamentales: *misión, comunión, identidad*, en el orden indicado. Se trató en concreto de una especie de búsqueda de auto-comprensión de la identidad de la "vocación consagrada" frente a las múltiples interpelaciones de los cambios culturales y eclesiales, de un intento de respuesta a la pregunta: "¿cuál es hoy la imagen que debe transmitir la Vida Consagrada?", sabiendo que la identidad necesita no sólo una presentación doctrinal, sino también ser descrita con un lenguaje teológico-narrativo que tenga en cuenta que la Vida Consagrada es vida e historia.

Durante la reflexión de dichos temas y en el momento de la síntesis, se subrayó también, como aspecto de particular urgencia, el tema de *la formación y las vocaciones*, abordado de nuevo con particular interés por la asamblea de los Superiores Generales algunos días después del Congreso.

Durante este encuentro mundial, en el intercambio de experiencias y en las intervenciones de personas con mentalidades y culturas diversas, no faltaron afirmaciones discutibles, que se depurarían en los interesantes y animados trabajos de grupo. Por otra parte, ciertas aportaciones estaban pensadas como estímulo e información para ayudar a entender situaciones y mentalidades reales. No todo lo que se dijo en las ponencias y en las mesas redondas representa el pensamiento final de la asamblea.

Sin embargo, puede afirmarse que, a través del diálogo y en la variedad de las situaciones, en la multiplicidad de los carismas, en las diferencias de las espiritualidades y en la riqueza de la experiencia de Dios, se vio con claridad una convergencia fundamental y una rica pluralidad teológica.

### **Dinámica de trabajo**

Es útil una referencia a la organización del trabajo, para ver cómo pudo implicarse de hecho a un número tan elevado de congresistas.

Por la mañana se presentaban las amplias ponencias, en las que confluían dos años de trabajo de la Unión de Superiores Generales; después, hubo cuatro mesas redondas sobre los temas expuestos, para presentar inquietudes desde el punto de vista geográfico-cultural y carismático.

Así, por ejemplo, el día dedicado a la "misión" intervinieron, entre otros, don Juan Vecchi, nuestro vicario general, con una aportación de tipo geográfico-cultural sobre la misión en América Latina durante estos años de transformación, y Ricardo Ezzati –salesiano que trabaja en la Congregación de Institutos de Vida Consagrada, sección "Religiosos"– con una aportación de tipo carismático sobre los retos a la misión en los carismas de vida apostólica, según la experiencia vivida después del Concilio.

Por la tarde había dos tiempos de trabajo. En el primero se reunían los veintisiete grupos lingüísticos para profundizar las exposiciones de la mañana desde cuatro perspectivas o enfoques particulares —cultura, carismas, formación, futuro— repartidos dentro de los grupos.

En un segundo momento, los grupos lingüísticos se reunían en cinco grandes amplias “constelaciones” para concretar las reflexiones de los grupos en dos direcciones sintéticas: aspectos doctrinales y propuestas prácticas. Dos secretarios distintos de cada grupo llevaban la síntesis a la constelación y, de aquí, un secretario, designado precedentemente por su competencia, llevaba el fruto del trabajo al equipo de la Secretaría Central.

Fue, pues, un trabajo intenso y complejo, en el que participaron todos los congresistas y que puso de relieve la capacidad de colaboración y de confluencia en visiones suficientemente compartidas entre personas de tanta variedad de carismas y procedentes de numerosas situaciones profundamente diferentes.

Considerando el elevado número de participantes, se puede afirmar que la dinámica favoreció el intercambio y la participación y mereció una valoración positiva.

### **Núcleos centrales de la Vida Consagrada**

Dos años llevaba la Unión de Superiores Generales afrontando en sus asambleas anuales (dos al año y tres días de duración cada una) los temas considerados y experimentados como fundamentales en la vida real: la misión, la comunión y la identidad. Fue un esfuerzo compartido para buscar en concreto los problemas planteados de hecho en esta época de transformación y para especificar los puntos básicos que hay que asegurar, los pasos positivos de la renovación y las ambigüedades y posibles desviaciones. Se hizo una reflexión sobre la praxis de los Institutos en fidelidad a los Fundadores, siguiendo

las orientaciones del Vaticano II y del Magisterio posterior, para responder como consagrados a las demandas concretas de las situaciones.

Había, pues, ya una temática, inicialmente identificada desde la óptica de la responsabilidad de animación y conducción de los Superiores Generales.

En sus reuniones, la Unión de Superiores Generales había constatado una multiplicidad de interpretaciones teológicas en cuanto a la naturaleza eclesial de la Vida Consagrada; multiplicidad que quizás en parte depende de la variedad de carismas, pues cada uno tiende a interpretar el todo partiendo de la óptica de la experiencia carismática del propio Instituto. Se habló de la radicalidad del seguimiento de Cristo, de la práctica y profesión pública de los consejos evangélicos, de la búsqueda y pertenencia absoluta a Dios, de la perspectiva escatológica de la vida cristiana, de las diferentes formas de diaconía en la misión de la Iglesia, del esfuerzo ascético de tender a la santidad, etcétera.

No cabe duda que todas las interpretaciones eran, en sí mismas, verdaderas; pero quizás no todas captaban el núcleo fontal de la identidad de la Vida Consagrada desde el que convendría presentarla al próximo Sínodo. No se trataba de dar una definición teológica —cosa que no atañe a los Superiores Generales—, sino de especificar lo que se considera que verdaderamente está en la raíz de todo y para todos.

El reciente Congreso, partiendo del análisis de la realidad y de las reflexiones hechas con antelación, se propuso seguir el mismo camino.

Más adelante indicaremos la meta alcanzada; aquí queremos subrayar que se ha dado un paso adelante al reflexionar sobre la experiencia vivida por los Institutos religiosos en estos años posconciliares de transformación.

Pero veamos los temas tratados en el Congreso. De cada uno de ellos sólo ofrezco algunas ideas a modo de estímulo.

## La misión

El primer tema afrontado fue la misión. Éste emerge con más fuerza en el actual proceso de transformación, porque de él proceden los retos más urgentes. También nosotros lo experimentamos en los intensos y largos debates del Capítulo General Especial y en la elaboración y reestructuración de las Constituciones: “La misión da a toda nuestra existencia su tonalidad concreta, especifica nuestra función en la Iglesia y determina el lugar que ocupamos entre las familias religiosas”<sup>2</sup>.

2. *Constituciones* 3.

La misión se refiere, en primer lugar, al Reino de Dios y a sus valores, que Jesucristo proclamó y del que la Iglesia es sacramento y fermento (“germen, signo e instrumento”)<sup>3</sup>.

3. *Redemptoris missio* 18.

El concepto de misión depende de cómo veamos la acción de Dios Padre, de Cristo y del Espíritu en la humanidad y en la historia. Del concepto de misión eclesial depende la forma de ver nuestra misión específica y nuestra vocación de apóstoles. La misión es, al mismo tiempo, compromiso y profecía, encarnación y escatología; es caminar en la historia al lado de la humanidad ayudándole a descubrir y acoger la presencia de Dios que salva.

Se hizo notar continuamente que la misión es de la Iglesia y que participamos en ella con nuestra vocación específica y en virtud del bautismo.

La misión viene de Dios y es participación en el misterio.

La misión no es simplemente una actividad externa más o menos unida al ser de la Iglesia; le es absolutamente intrínseca y constituye su naturaleza. No se ha de confundir con sus prestaciones, obras, destinatarios, servicios, etc., aun cuando todo ello sea un aspecto nada indiferente de la misma. Para comprender su alcance, es preciso remontarse con la fe al misterio de la Trinidad, donde el Verbo es enviado por el Padre, y el Espíritu es enviado por el Padre y por el Hijo, en misión a la historia

de la humanidad. El Verbo se encarna y, como hombre, es consagrado por el Padre con el Espíritu para la gran misión de salvación, que orienta el camino de los pueblos hacia el Reino de Cristo y de Dios.

El Espíritu, don del Padre y del Hijo, es el fecundo e incansable suscitador de los carismas comunitarios que comprometen a los diferentes Institutos a participar con modalidades diversas en la compleja misión transmitida por Cristo a la Iglesia.

En el origen de todo se encuentra la iniciativa de Dios: el amor del Padre que envía al Hijo a la historia humana y, junto con él, envía después al Espíritu Santo; es una historia inefable de amor: un Dios que quiere hacer posible y genuina la respuesta del hombre. En efecto, la función del Espíritu Santo es incorporar a los hombres a Cristo para llevarlos con él al Padre: es el gran círculo de la reciprocidad en el amor.

La Vida Consagrada se halla totalmente sumergida en este gran misterio de "la vida y santidad" de la Iglesia.

Como decían los Padres: del amor del Padre, hacia el hombre a través de la encarnación del Hijo y la misión del Espíritu Santo; y, en cuanto al hombre, por la inhabitación del Espíritu Santo, su incorporación a Cristo para ser "hijo" en el Hijo (es decir, "christifidelis") y así caminar seguro hacia el Padre.

La profundización en la verdadera naturaleza de la Vida Consagrada nos lleva a la esencia misma del Cristianismo, tanto con respecto a la misión como a la comunión y a la identidad. Es aquí donde aparece la necesidad absoluta de la dimensión contemplativa en cada uno de los carismas de la Vida Consagrada: la centralidad de la oración y de la contemplación porque somos "hijos" en el Hijo.

La transformación actual lleva con frecuencia la Vida Consagrada a la vanguardia de la vida social, en medio de sus nuevos problemas y a numerosos espacios faltos de trascendencia. Si los consagrados no cultivan la oración y

la contemplación como elementos que impulsan hacia el misterio, se exponen a olvidarse de la primera realidad y a adecuarse peligrosamente a una mentalidad y un estilo de vida secularizados.

Hay que recordar constantemente que en la base de todo está el fascinante misterio de la Trinidad; como dicen las Constituciones renovadas, “nuestra vida de discípulos del Señor es una gracia del Padre, que nos consagra con el don de su Espíritu y nos envía a ser apóstoles de los jóvenes”<sup>4</sup>.

4. *Constituciones* 3.

Vemos enseguida que, al profundizar en el aspecto misterioso de la misión (dígase otro tanto de la comunión y de la identidad), emergen como inseparables entre sí, por parte de Dios, la “vocación”, la “consagración” y la “misión”. Es una conquista conciliar que ha iluminado la identidad de la Vida Consagrada. Aquel famoso verbo “consecratur” de la constitución *Lumen gentium* llevó la atención de los religiosos a la “consagración” y ha dado su nombre específico a los Institutos de “Vida Consagrada”. En este vocablo se concentran las luces del misterio e invita a plantear de nuevo, especialmente, la relación vital de la misión con la consagración.

También el Santo Padre, en su discurso a los congregacionistas, presentó a Cristo como “*el consagrado* por excelencia” y, por tanto, el “enviado” del Padre para la salvación del mundo. En la sinagoga de Nazaret Jesús se había aplicado a sí mismo la profecía de Isaías<sup>5</sup>. Comentaba el Papa al respecto: “El Espíritu no está simplemente “sobre” el Mesías, sino que lo “llena”, lo penetra, lo alcanza en su ser y en su actuar. En efecto, el Espíritu es el principio de la “consagración” y de la “misión” del Mesías<sup>6</sup> ... Toda consagración en la Iglesia está ligada intrínsecamente a *una síntesis radical y vital de consagración y misión*”<sup>7</sup>.

5. *Lucas* 4, 16-19.

6. *Pastores dabo vobis* 19.

7. *L'Osservatore Romano*,  
27 de noviembre de  
1993.

Así queda patente que la misión de los consagrados no se mide sólo por los compromisos directos de apostolado o de promoción, sino por la vida misma de los consagrados, por su entrega total a Dios en Cristo, potencia-

da por la gracia del Espíritu, que hace de dicha entrega una caridad activa en favor del prójimo.

Después se indicaron los mayores retos que hoy tiene planteados la misión de la Iglesia; todo Instituto carismático debe interesarse por ellos e intervenir según su propia índole y atento a los contextos en que actúa.

Las principales necesidades que hoy debemos tener en cuenta son:

- las exigencias de la Nueva Evangelización;
- la opción preferencial por los pobres;
- la no violencia como estilo de vida y de acción al buscar la justicia;
- un diálogo interreligioso e intercultural que ayude a cortar los abusos de los fundamentalismos y totalitarismos;
- los distintos nuevos areópagos donde falta la luz del Evangelio.

También se habló más de una vez de un aspecto que se formuló con un término que ahora comienza a usarse: la “liminalidad”. Es un concepto que indica cómo se coloca la vida Consagrada en una “situación de frontera”. Podemos relacionarlo con la “originalidad” y “creatividad” que los Fundadores transmiten a sus discípulos. De ella habla Pablo VI en su exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, cuando dice que, gracias a su consagración, los religiosos “son emprendedores, y su apostolado está frecuentemente marcado por una originalidad y una imaginación que suscitan admiración. Son generosos: se los encuentra no raras veces en la vanguardia de la misión y afrontan los más graves riesgos para su salud y su propia vida”<sup>8</sup>.

8. *Evangelii nuntiandi* 69.

La misión, pues, es un poderoso estímulo de transformación que procede del mismo manantial de la vocación y de la consagración; o sea, en definitiva, proviene del Espíritu del Señor.



## La comunión

Otro aspecto en el que la vida Consagrada ha vivido un fuerte impulso de transformación es la renovación de la comunidad. De un tipo de comunidad tradicional, basado predominantemente en la observancia de la Regla, se ha pasado a otro en el que se busca y se cultiva la verdadera "comunión" en una vida de mayor fraternidad.

También aquí la profundización en el concepto eclesial de comunión (puesto en fuerte relieve por el Vaticano II y por el Sínodo extraordinario de 1985) llevó a reflexionar sobre su dimensión mística. Es preciso mirar, de nuevo, a la vida trinitaria de Dios, en la que hay distinción de personas y unidad de comunión en inagotable reciprocidad de donación.

Pero no se quiso hacer del misterio la medida de la vivencia real, aun cuando siga siendo la gran luz que guía. La experiencia de la vida no invita ciertamente a mitificar la comunidad religiosa ni la comunión en la Iglesia: en la peregrinación eclesial por el camino de los siglos y en la experiencia concreta de las casas religiosas nunca ha existido ni existirá la comunidad perfecta: es una meta escatológica.

Sin embargo, esa constatación realista no quita ánimos para mirar al misterio trinitario y esforzarse en construir comunión: tanto en la vida fraterna de los Institutos como en la convivencia orgánica de la Iglesia.

De aquí la necesidad de llevar este tema a la educación en la donación de sí, en el diálogo, en la escucha, en el perdón mutuo, en la revisión de vida, en la práctica de la misericordia, en el cultivo constante de la bondad, en la paciencia, en la emulación recíproca, etc., no sólo como metodología para una tarea en sí difícil, sino también como elemento constitutivo de la condición humana en el tiempo y, por lo tanto, esencial al concepto realista de comunión.

Aunque se viva en la imperfección —más como objeti-

vo que como meta alcanzada—, la comunión es esencial en la Iglesia y en la Vida Consagrada: da testimonio de la presencia redentora de Cristo y del papel unificador del Espíritu Santo.

Hoy el mundo lanza un sinnfín de retos al ideal eclesial de constituir todos juntos una sola gran familia humana: parece una utopía inalcanzable. No obstante, la Iglesia tiene que trabajar en esa dirección. Los consagrados “religiosos” están llamados a dar testimonio, en la Iglesia, de una fuerte experiencia de comunión en comunidad de vida, según las diferentes modalidades de sus carismas.

Entre los puntos evidenciados para asegurar la autenticidad de la renovación, podemos recordar sobre todo los siguientes:

*a.*—Los Institutos religiosos deben “*creer en el valor de la comunidad*”. Deben, pues, esforzarse por una vida real de comunión en sus casas, por una participación activa en el proyecto comunitario, por un empeño mayor para ser “un solo corazón y una sola alma”, como al principio del Cristianismo. En concreto, esto comporta también asegurar la “consistencia” de la comunidad, evitando el peligro de la atomización, que daña peligrosamente la misión. Todo ello en conformidad con la índole carismática de cada Instituto.

*b.*—La comunión de los consagrados se inserta vitalmente en la “*comunión orgánica*” del Pueblo de Dios; más aún, debería contribuir a una comunión eclesial más viva: ¡ser expertos y agentes de comunión! Se puso de relieve tanto el compromiso de los consagrados por una inserción genuina en la Iglesia local contribuyendo con las riquezas de su propio carisma, como la atención de los Pastores a las posibilidades de aportación de cada uno de los carismas, cuyos garantes deben ser los obispos<sup>9</sup>.

9. Cf. *Mutuae relationes* 8 y 9.

*c.*—*La comunión entre los carismas* de los diversos Insti-

tutos, sobre todo de los más homogéneos: un “intercambio de dones” que haga más eficaz la misión de cada uno.

*d.*—Se subrayó, particularmente, *la comunión de los consagrados con los seglares*; es una prometedora frontera de futuro hacia la que hay que caminar con esperanza.

Se habló de “irrupción de los seglares” en la Iglesia, como uno de los hechos que caracterizan a nuestro tiempo. Este hecho interpela también a los carismas de los consagrados.

Entre las propuestas que los Superiores Generales entregaron al Sínodo está la siguiente: “Opinamos que es necesario animar a los seglares a que participen, según su propio modo de ser, del carisma de los religiosos, creando diversas formas de asociación y colaboración, aunque conservando su autonomía de encarnación y desarrollo de acuerdo con su estado laical”.

También el Santo Padre en su discurso, hablando del trabajo de los Religiosos en la nueva evangelización, hizo una alusión especial a esta mayor comunión. “Será necesario —afirmó— profundizar y precisar las relaciones espirituales y apostólicas entre los Religiosos y los seglares, *favoreciendo nuevos métodos y nuevas expresiones de cooperación*, para facilitar en nuestro tiempo el anuncio de Cristo”<sup>10</sup>.

Hablando de la comunión, se recordaron también las novedades que comporta en el ejercicio de la autoridad carismática, especialmente en la animación y promoción del carisma, para favorecer una mayor corresponsabilidad, una renovada espiritualidad y un nuevo sentido apostólico<sup>11</sup>.

10. *L'Osservatore Romano*,  
27 de noviembre de  
1993.

11. Cf. *Mutuae relationes*  
13.

## La identidad

El Congreso habló de la identidad partiendo de la experiencia de los últimos decenios como respuesta a los profundos cambios socioculturales, teniendo en cuen-

ta la diversidad de los carismas y de los problemas que plantea el proceso, ya iniciado, de la inculturación.

Una identidad en movimiento, no realizada plenamente; todavía se encuentra en camino y probablemente no dispone aún de un nuevo modelo ya experimentado.

Se recordaron los esfuerzos hechos después del Vaticano II: la celebración de los capítulos generales especiales, la vuelta al Fundador, la elaboración de las Constituciones, la mayor importancia de la misión, la apertura a nuevas experiencias, el renovado fervor misionero, el diálogo entre los diversos Institutos, el aumento de las Conferencias nacionales e internacionales, etc.

También se pudo comparar la Vida Consagrada —en la perspectiva de las Religiones— con fenómenos de éstas que se le parecen en lo externo; de ese modo no se olvidó el aspecto histórico-cultural ni el religioso-antropológico.

Pero se vio también que su suprema originalidad está ligada a la unicidad del misterio de la Encarnación. Pensando en la “sacramentalidad” de toda la Iglesia, muy destacada por el Concilio, se habló de la *función simbólico-transformadora* de la Vida Consagrada en sus variadas formas carismáticas, como si fuese una “parábola escatológica” para la fe de todo el Pueblo de Dios. Su significación, según dicho papel simbólico-profético, no la coloca por encima de los demás miembros de la Iglesia como si poseyera una dignidad mayor, sino que la distingue y la hace subsidiaria porque está destinada a un servicio peculiar. La vida religiosa proclama algunos aspectos del multiforme misterio de Cristo y hace perceptibles a los contemporáneos sus ricos contenidos de salvación.

Su identidad está así vinculada, simultáneamente, a Cristo y al Espíritu: a Cristo, como presencia encarnada de Dios y signo pluriforme de salvación; al Espíritu, como poder divino que mueve y llena de gracia toda la misión de salvación.

La descripción de esta identidad puede hacerse de diversos modos, subrayando uno u otro aspecto de discípulos especiales de Cristo animados por su Espíritu.

Los Superiores Generales, en el documento que entregaron a la Secretaría del Sínodo, están de acuerdo en afirmar que “hoy el aspecto teológico que predomina en el magisterio es la ‘consagración’, expresada en la Iglesia mediante la profesión pública de los consejos evangélicos. Otra gran realidad teológica, que parece poder unificar la variedad de perspectivas, es el ‘carisma’. Todo Instituto surge por el impulso carismático del Espíritu ofrecido a los Fundadores y transmitido por éstos a sus discípulos. El carisma implica un modo específico de ser, de misión, de espiritualidad, de formas y estructuras del Instituto”.

Nosotros podríamos decir que ambas realidades (consagración y carisma) se superponen y se intercambian mutuamente. En efecto, se trata en cada caso no de una consagración genérica, sino de una consagración peculiar, especificada por una misión y por un proyecto evangélico que constituye la experiencia de Espíritu Santo, que es la substancia de todo carisma. Por otra parte, un carisma nace precisamente, como de su primera fuente, de una consagración peculiar en el Espíritu del Señor.

De las reflexiones que se hicieron en el Congreso, aquí podemos poner de relieve algunas consecuencias:

a.—La primera es la que recordó el Papa en su discurso: la “*espiritualidad*”. “El primer valor de fondo que hay que cuidar —dijo— es la ‘espiritualidad’, según el carisma típico de cada Instituto. En la consagración religiosa, la intimidad, riqueza y estabilidad de un vínculo especial con el Espíritu Santo están en la base de todo. La Iglesia no necesita religiosos deslumbrados por el secularismo y por los atractivos del mundo contemporáneo, sino testigos valientes y apóstoles infatigables del Reino”<sup>12</sup>. Una espiritualidad renovada hace “significativo” el carisma, como testimonio vivo de novedad de vida.

12. *L'Osservatore Romano*,  
27 de noviembre de  
1993.

b.—*El testimonio profético y escatológico* que manifieste las características cristológicas del Hombre nuevo y las pneumatológicas de la santidad en el fervor de la caridad. Esto comporta que, para ser significativos de cara al Reino, debemos preguntarnos también por el aspecto de la inculturación en el testimonio de la propia espiritualidad.

c.—La identidad de la Vida Consagrada es correlativa a las otras formas de vida en la Iglesia; todas coinciden en una identidad fundamental: ser “*christifideles*”. En el Pueblo de Dios, los discípulos del Señor pueden ser: “*christifideles laici*”, “*christifideles ordinati*” y “*christifideles consecrati*”; la substancia para todos es ser “*christifideles*”. La Vida Consagrada debe saber poner en evidencia algunos rasgos peculiares del espíritu de las bienaventuranzas que le confieren una significación especial para bien de todos: sentirse “*parábola*” existencial narrada por el Espíritu Santo: ser un símbolo que estimule con fuerza profética.

Fue interesante escuchar en las mesas redondas el modo de considerar la Vida Consagrada desde las diversas perspectivas eclesiales: secular, femenina, histórica, cultural, clerical; en particular, fue importante (de cara al Sínodo) la intervención del teólogo Bruno Forte desde la perspectiva del sacerdote ordenado, al que en la Iglesia está confiado, como signo del Cristo-Cabeza, el ministerio de la unidad: “no síntesis de todos los dones y ministerios, sino ministerio de síntesis”.

## **La formación y las vocaciones**

Este tema, hoy uno de los problemas prácticos más exigentes para la Vida Consagrada, no estaba pensado como ponencia del Congreso, pero constituyó la óptica de trabajo de varios grupos. El momento de transición y

crisis en que vivimos lo hacen sentir con urgencia extraordinaria y está íntimamente vinculado con cada uno de los temas tratados.

En efecto, éstos deben hacerse experiencia de vida en todo religioso. De aquí la pregunta y el reto: ¿Qué actitud de formación permanente, qué proceso de formación inicial y qué itinerario metodológico pueden llevar al religioso a identificarse vitalmente con un proyecto carismático específico y a vivir y testimoniar los valores del Reino con una fidelidad renovada en sintonía con las exigencias de nuestro tiempo?

En los grupos y en las “constelaciones” se oyó muchas veces esa pregunta y se indicaron pistas de respuesta. Esta fundamental preocupación fue recogida por una intervención especial en la asamblea del último día.

Pocos días más tarde los Superiores Generales lo tratarían directamente en su documento, subrayando la necesidad de continuidad entre formación inicial y formación permanente, y ésta, extendida a todos los miembros de la Iglesia, llamados en estos años a verificar en profundidad el seguimiento de Cristo desde los ámbitos de la misión, de la comunión y de una identidad renovada.

En su documento, los Superiores señalan “convicciones” y hacen “propuestas”.

Sus *convicciones* son las siguientes:

*a.*—“Afirmamos la importancia de una formación integral, según el propio carisma. Esta formación, a la luz de la Palabra de Dios, debe centrarse en la experiencia de Dios, que encuentra su cumbre en la liturgia eucarística. Siguiendo a Cristo y bajo la acción del Espíritu, la formación debe ser humana, progresiva e inculturada; debe ‘iniciar’ en la comunidad, entendida como comunión en la Iglesia; debe preparar a los candidatos para la misión en contacto con experiencias de la vida real”.

*b.*—“La formación hoy exige: el seguimiento radical de Jesús —seguimiento que tiene expresiones típicas en la

Vida Consagrada—, el diálogo y el testimonio recíproco, la educación en la afectividad y en las relaciones interpersonales, el discernimiento comunitario y personal, el respeto de las personas y la comprensión de los dinamismos sociales, la opción por los pobres y la atención a los mecanismos de opresión”.

c.—“Tenemos necesidad de preparar equipos de formadores que sean al mismo tiempo maestros, educadores y testigos; que procedan de las culturas locales y estén arraigados en ellas, porque creemos que la formación debe hacerse, en la medida de lo posible, en el propio lugar; que tengan una experiencia transcultural, de modo que puedan ‘trascender’ (purificar, discernir y desafiar) la cultura local”.

d.—“Para el crecimiento de las personas y para la inculturación de los carismas, es imprescindible una formación permanente que respete al individuo y tenga en cuenta las diversas etapas de su vida y los diferentes contextos socio-culturales y eclesiales”.

e.—“Nos parece urgente probar nuevas formas de ‘iniciación’ en la Vida Consagrada con jóvenes procedentes de las minorías étnicas y de grupos marginados”.

Una vez formuladas las anteriores convicciones, los superiores hacen algunas *“propuestas”*. Cito sólo dos que me parecen más significativas para el Sínodo.

La primera es la siguiente: “La formación requiere estima de las otras vocaciones eclesiales; proponemos, pues, que haya más colaboración entre los Institutos de Vida Consagrada y los Obispos en la formación de todas las vocaciones; en particular, proponemos la creación de institutos de estudio y la realización de encuentros con la colaboración de los miembros de diversos Institutos, del clero diocesano y del laicado.”

La segunda dice: “Proponemos que en los seminarios diocesanos y en las facultades teológicas haya cursos sobre la teología de la Vida Consagrada y que en nuestros cen-



tros de formación se organicen estudios sobre las diversas vocaciones”.

### **¿Qué van a decir los Obispos en la próxima reunión sinodal?**

Sabemos que la función de un Sínodo ordinario es propiamente “pastoral”: tiene en cuenta el bien de toda la Iglesia; se mueve en la óptica de la eclesialidad, de la comunión y de la mutua complementariedad de las diferentes vocaciones. Las ópticas de los Obispos son: la pastoralidad, la universalidad y la urgencia.

Es evidente que lo que ofrece este Congreso, a pesar de su carácter mundial, es de hecho parcial, pues no trata de toda la Vida Consagrada, ofrece reflexiones que fundamentalmente proceden de la experiencia de los Institutos religiosos masculinos y, por último, representa la sensibilidad de los responsables de la Unión de Superiores Generales, que necesariamente pueden haber tenido una perspectiva y un planteamiento de estudio que no comparten plenamente todos los representados. No se afrontaron los horizontes de la Vida Consagrada no religiosa y sólo se tocó someramente la delicada problemática femenina.

Será asimismo necesario profundizar con más atención la llamada “reorganización comunal” en la Iglesia, con el sentido vivo del “intercambio de dones” en una “comunión orgánica”: los Obispos tienen, en este ámbito, una sensibilidad y responsabilidad particular y hablarán desde la óptica de su ministerio de unidad.

El Sínodo, pues, afrontará un conjunto más amplio de orientaciones, partiendo sobre todo de la perspectiva de los Pastores. Ya aludíamos a ello en la circular de octubre de 1992<sup>13</sup>.

Aquí, animados por el Congreso, podemos desear que aparezcan algunas orientaciones fundamentales que ase-

13. Actas del Consejo General, núm. 342.

guren la autenticidad y la fecundidad de la Vida Consagrada en la Iglesia, desde el punto de vista de su pastoralidad, universalidad y urgencia. Pienso en las siguientes:

– Una profundización de la doctrina conciliar sobre la Vida Consagrada, en cuanto que ésta pertenece a la vida y a la santidad de la Iglesia, reconociendo también que los consagrados han mostrado históricamente la naturaleza de la Iglesia a lo largo de los siglos en las fronteras más necesitadas y difíciles.

– Que los diversos carismas sean acogidos y favorecidos en el Pueblo de Dios según su variada naturaleza y complementariedad: tanto de tipo contemplativo, como de especificidad apostólica o secular. Que los Pastores ayuden a vivirlos en fidelidad a los Fundadores, con la valentía de la creatividad del Espíritu para responder a los signos de los tiempos y con un esfuerzo concreto de inculturación.

– Que se favorezca la comunión y el diálogo fraterno entre consagrados y Obispos, entre consagrados y clero, y entre los consagrados de los diferentes Institutos, y que, en particular, se promueva una comunión más intensa entre consagrados y seculares, de manera que muchos de éstos puedan participar, desde su estado, en las riquezas del carisma de los Fundadores.

– Que, para el aumento de la comunión, se cuide mucho, en los Institutos de Vida propiamente Religiosa, la dimensión comunitaria, según el espíritu de cada carisma. Una vida comunitaria que asegure la significación específica de la propia vocación y la corresponsabilidad en el proyecto de la misión, que debe revisarse teniendo en cuenta los retos de la nueva evangelización.

– Que el Sínodo sea una oportunidad para promocionar la figura y el papel de la mujer consagrada en la Iglesia.

– Que la urgencia del cuidado de las vocaciones y la necesidad de una formación sólida, tanto inicial como permanente, se asuman como compromiso prioritario.

– Que el Sínodo subraye la insistencia del Santo Padre en la espiritualidad: “El primer valor de fondo que hay cuidar es la ‘espiritualidad’, siguiendo el carisma típico de cada Instituto. En la consagración religiosa, la intimidad, riqueza y estabilidad de un vínculo especial con el Espíritu Santo están en la base de todo... ¡Qué necesaria es, hoy, una espiritualidad auténtica!”<sup>14</sup>.

14. *L'Osservatore Romano*,  
27 de noviembre de  
1993.

### **En camino hacia el Sínodo**

Podemos decir que en este Congreso ya se ha saboreado el “tiempo” del Sínodo. Pero todavía podemos influir en su preparación.

Es convicción común que existe un movimiento de nueva evangelización, determinado por diversos fenómenos externos e internos de la Iglesia: ampliación de la visión geográfica del mundo, nuevas fronteras que hay que iluminar con el Evangelio, conciencia comunal de todo el Pueblo de Dios, complementariedad de las vocaciones. Todo ello incide con fuerza en la transformación de la Vida Consagrada. En efecto, nos encontramos en un ambiente diverso: se habla, por ejemplo, de modernidad y posmodernidad; es un cambio de época. De sus tendencias llega una especie de invitación. Hay que preguntarse: La presencia de los consagrados ¿habla hoy a la gente como en los tiempos de cristiandad? ¿Qué es lo que logran comunicar con claridad? ¿Cuál es su significación concreta? ¿Qué esperan los jóvenes, sobre todo, de quienes dicen que son discípulos radicales de Cristo: signo viviente del Espíritu Santo para el hombre de hoy?

Ya nuestro XXIII Capítulo General había especificado cuatro retos que se han de afrontar para ofrecer un testimonio que sea eficaz en una educación completa: la lejanía, la insignificancia o irrelevancia de la fe, la multirreligiosidad y las pobrezaas.

La respuesta se está preparando todavía; hay ya pun-

tos sólidos, individuados con seguridad; pero, aunque basados en ellos, se sigue buscando. El Congreso no ofreció modelos prefabricados, pero señaló el camino. Entre sus indicaciones más fuertes yo recordaría las siguientes:

*a.*—El hecho de la presencia ininterrumpida de la Vida Consagrada en la historia de la Iglesia, con una multiplicidad de formas y una creatividad constante, hace pensar que el Espíritu Santo anima vigorosamente a la Iglesia y que nunca la dejará desprovista de carismas comunitarios, aunque esto no asegure el porvenir de cada uno de los Institutos actuales.

*b.*—Es impresionante el cambio que se está produciendo en la geografía de la Vida Consagrada: se está desplazando hacia el sur y hacia el este. Lo cual suscita, entre otras cosas, el problema de la inculturación. Cuando dicho proceso esté más adelantado, la Vida Consagrada tendrá un rostro pluricultural y deberá reforzar la unidad con una comunión más convencida y mejor definida.

*c.*—A pesar de la crisis, vivimos un tiempo de esperanza, que procede:

— de la fe en la presencia del Espíritu Santo, fuente de los multiformes carismas, el cual, como acabo de decir, no cesa de sacudir el corazón de los hombres y de mover continuamente a la Iglesia;

— de la fecundidad del carisma de los Fundadores (algunos con más de quince siglos de vida) cuando se aviva el fuego de los orígenes;

— de la lógica del misterio pascual, que ilumina también el florecer de la Vida Consagrada: de todo lo que muere generosamente en el Señor, nacen nuevas realidades llenas de vida. Nosotros no podemos proyectar con sofisticaciones técnicas un futuro que se basa vitalmente en la fidelidad al Fundador y a los signos de los tiempos. Hay que tener la audacia y la confianza de crear también pequeñas realidades genuinas, que sean fecundas y constantes frente a obstáculos que parecen superiores a las

propias fuerzas. Pensemos, por ejemplo, en nuestro "Proyecto África", lanzado en años de crisis.

d.—El conjunto de los valores positivos recogidos en el congreso refuerza la convicción de que toda la esperanza de futuro debe ponerse en la calidad de testimonio y de acción: calidad de las personas, calidad de las comunidades, calidad de las actividades y obras. Sin calidad, aunque todavía seamos muchos, se camina hacia abajo, hacia el ocaso. En cambio, si hay una semilla llena de vitalidad, por pequeña que sea, se camina hacia el crecimiento incluso numérico.

Caminemos, pues, hacia el Sínodo. Con nosotros camina también María, madre y guía de toda la Vida Consagrada. Que Ella —dijo el Papa— "os guíe y acompañe en esta difícil e inmensa tarea de renovación, y que interceda por el buen resultado del próximo Sínodo. A ella, la Virgen Inmaculada, modelo supremo en la obediencia de la fe, le pido que avive en la Iglesia el testimonio de los consejos evangélicos, para que aparezca ante todos la belleza del rostro cristiano en el espíritu de las bienaventuranzas. Que Ella, pues, asista también a los Pastores, para que tengan de la Vida Consagrada una visión y un aprecio que robustezca su presencia y su misión en el Pueblo de Dios"<sup>15</sup>.

15. *L'Osservatore Romano*,  
27 de noviembre de  
1993.

Espero, queridos hermanos, que la rápida presentación del Congreso estimule a todos, en los meses que faltan para el histórico Sínodo, a intensificar la oración por este acontecimiento eclesial, a renovar la conciencia de nuestra vocación y a vivirla en la misión y en la comunión, profundizando en el compromiso prioritario de formación permanente que nos indicó el XXIII Capítulo General.

Durante el encuentro se recordó con frecuencia a los Fundadores, los primeros que acogieron el carisma y lo vivieron con toda su alma, encarnándolo en un contexto histórico y eclesial determinado, y lo comunicaron vital-

mente como semilla que debemos cultivar para que conserve viva su fecundidad. Sintámonos acompañados de nuestro Fundador y Padre san Juan Bosco en un camino trazado e iluminado por María, que, con su intervención materna, quiso nuestro carisma para la juventud.

A todos, de nuevo, mis mejores deseos para 1994.

Vuestro afmo. en el Señor que viene,

EGIDIO VIGANÓ

## 2. ORIENTACIONES Y DIRECTRICES

### **ASEGURAR LAS CONDICIONES PARA QUE SEA POSITIVA LA EXPERIENCIA DE LA FORMACION**

JOSÉ NICOLUSSI,  
*Consejero de Formación*

Todos los años ingresan en nuestros noviciados alrededor de 600 jóvenes (este año se ha llegado a 700) “para iniciar la experiencia religiosa salesiana” (Const. 110). Son de todo el mundo y pertenecen a culturas y contextos salesianos distintos, con historias personales y caminos vocacionales diversos. Su número demuestra que “todavía hay buena tierra para la siembra” (ACG 339).

Es frecuente la pregunta: ¿Cómo cultivar esa tierra para que la simiente germine, crezca y dé fruto?

La respuesta se logra en un proceso “que dura toda la vida” (Const. 98) y tiene su mejor tiempo en la formación inicial.

Los responsables de dar la respuesta son varios:

– el salesiano, que “asume la responsabilidad de su propia formación” (Const. 99);

– la comunidad local, que es el “ambiente natural de crecimiento vocacional” (Const. 99);

– la comunidad inspectorial, que “acoge y acompaña la vocación de cada hermano” (Const. 101); el inspector, “con la ayuda de su Consejo, ... cuida la formación de los socios, especialmente de los novicios y hermanos jóvenes” (Const. 161).

En cuanto al cómo responder, tenemos una guía práctica en toda la Congregación, la “Ratio”, y en cada inspectoría, el directorio (cf. (Reglam. 87), donde se “establece el modo de realizar la formación según lo requiera el propio contexto cultural” (Const. 101).

En las últimas visitas de conjunto y en otros encuentros es frecuente otra

pregunta: ¿Cómo asegurar hoy las condiciones para que sea positiva la experiencia de la formación?

“Asegurar las condiciones”. Esta expresión de nuestras Constituciones (cf. art. 104) indica el reto más concreto en el campo de la formación. No faltan documentos al respecto, ni tampoco la insistencia sobre la importancia prioritaria de esta tarea. Pero, no pocas veces, las necesidades, las presiones inmediatas y el difícil equilibrio de gobierno entre disponibilidad de personal y exigencias de la misión, hacen que de hecho se debilite lo que está muy claro en los programas. En la práctica existe el peligro de resignarse a una “gestión ordinaria”, a veces con muchas lagunas e insuficiente, del proceso de la formación.

Estas constataciones han aparecido en la reflexión y comunicación de experiencias de las visitas de conjunto de 1993, que han puesto de manifiesto ciertas “condiciones” que no es posible descuidar si actuamos con responsabilidad en este delicado campo.

Es evidente que no se trata de nada nuevo, al contrario; pero el subrayarlas puede estimular a una revisión concreta en la inspección. Presento tres de dichas “condiciones de la formación”: se refieren al proceso mismo de la formación, a la lectura formativa de los casos de salida de la Congregación y a la revisión que debe hacer la comisión inspectoral de formación.

## 1. Durante el proceso de la formación

Es necesario asegurar un buen comienzo, el acompañamiento personal y la presencia de los formadores.

### 1.1. *Comenzar bien, asegurando una adecuada preparación al noviciado*

El período de la preparación al noviciado es la etapa de la formación que ha suscitado más preocupaciones, a la que se ha prestado más atención y la que ha tenido más iniciativas en estos años. Es una etapa menos estructurada oficialmente y depende más de las condiciones concretas. Su “calidad formativa” puede condicionar, del algún modo, el resto del proceso.

No se trata de repetir ahora lo que dicen los textos normativos (cf. Constituciones, Reglamentos, Ratio, Criterios y normas de discernimiento, *Potissimum Institutioni* 42-44, *Pastores dabo vobis* 62). Nos limitamos a indicar algunas constataciones y afirmaciones de documentos eclesiales recientes sobre



la formación, que coinciden con nuestra experiencia formativa, y están asimismo en perfecta sintonía la revisión hecha hace unos meses en Roma con los maestros de novicios y la realizada últimamente en las visitas de conjunto.

Primera comprobación: Hoy día son muy distintos el estilo de vida y la preparación básica de los jóvenes —aunque estén comprometidos en la Iglesia— y el estilo de vida de un seminario y sus exigencias formativas (cf. Pastores dabó vobis 62).

Segunda comprobación: “La mayor parte de las dificultades que hoy hallamos en la formación de los novicios se deben a que éstos, cuando son admitidos al noviciado, no poseen el mínimo de madurez necesaria” (Potíssimum Institutioni” 42, que cita “Renovationis causam”).

De ahí la insistencia en la necesidad de “esta etapa preparatoria, que no hay que temer prolongar y que debe verificar y esclarecer algunos puntos que permitan a los responsables pronunciarse sobre la oportunidad y el momento de la admisión al noviciado. Se pondrá atención a no precipitar la fecha de la admisión, pero también a no diferirla sin necesidad; basta llegar a un juicio cierto sobre las garantías que ofrece el candidato (Ibídem 41; cf. también Pastores dabó vobis 62).

Muchas inspecciónes están afrontando con decisión esta tarea. En las visitas de conjunto hemos tratado ampliamente este aspecto y se ha llegado a conclusiones concretas para la acción. Cito una a título de ejemplo. Se titula: “Idoneidad formativa para comenzar la vida salesiana”. Y se formula así: “La diversidad de procedencia y de nivel de preparación de los candidatos a la vida salesiana puede condicionar la eficacia de la acción formativa. Por tanto, las inspecciónes prestarán una atención especial a la pastoral vocacional y a la etapa del prenoviciado, a fin de garantizar la idoneidad de los candidatos a la vida religiosa salesiana” (sigue la indicación de los medios y modos).

Asegurar un “buen comienzo”: he ahí una de las condiciones que hay que controlar en las inspecciónes, implicando a los responsables de la pastoral juvenil, a los encargados de la preparación al noviciado y a los que trabajan en el noviciado.

### 1.2. *Durante el camino de la formación, asegurar el acompañamiento personal y la dirección espiritual*

Si queremos asegurar la personalización del proceso de la formación y la interiorización de los valores y motivaciones, aparecen cada vez más necesarios,

además del ambiente comunitario, el acompañamiento personal y la dirección espiritual.

Es una “condición formativa” que señalan con insistencia las Constituciones. Recordad algunas de sus afirmaciones: La orientación vocacional en la educación tiene su apoyo en la oración, en el contacto personal y, “sobre todo, en la dirección espiritual” (Const. 37); el salesiano que se halla en la formación inicial está sostenido por la dirección espiritual (Const. 105); particularmente a quien se prepara al noviciado hay que ofrecerle “la ayuda de un guía espiritual” (Const. 109); el noviciado empieza cuando el candidato se pone bajo la dirección espiritual del maestro (Const. 110-112); en el período de la profesión temporal, el salesiano es sostenido por un guía espiritual (Const. 113) y durante el tirocinio debe ser “acompañado por su director” (Const. 115) (cf. FSDB, cap. 4º y 5º).

También esto aparece en el análisis y en las conclusiones de las visitas de conjunto como punto débil o como condición absolutamente necesaria para el discernimiento, para el crecimiento y para la perseverancia en la vocación. “En el proceso de la formación —leemos en unas conclusiones— cada vez se siente más la necesidad de hacer experiencia de los valores de la vocación y de personalizarlos. Por lo tanto, es imprescindible que el inspector y los responsables inmediatos de las etapas de la formación aseguren a los salesianos jóvenes un acompañamiento personal que los lleve a un crecimiento vocacional íntegro y continuo” (y a continuación se indican los medios y modos).

Para que el proceso de la formación, a veces fragmentado y discontinuo en sus etapas, no sea un pasar de una a otra, sino que consista en la maduración de una experiencia interior progresiva y continua, favorecida por la aportación específica de cada etapa, se necesitan el acompañamiento personal y la dirección espiritual por parte de personas preparadas y disponibles, que actúen en sintonía con los demás responsables de la formación.

### 1.3. *Asegurar la presencia de un número adecuado de formadores*

Leemos en el manual “L’Ispettore salesiano. Un ministero...” (ISM): La selección, preparación y puesta al día de los formadores es “un punto que se considera fundamental y decisivo para la calidad del servicio formativo. Si no hay formadores, de poco servirán el directorio, la programación y las estructuras” (ISM 373). Y continúa: “El inspector cumple esta tarea programando el personal según unos plazos de tiempo bien calculados, seleccionando las perso-

nas y sus relativas competencias con visión de futuro y considerando al mismo tiempo sus cualidades personales y su disposición para pensar y trabajar con otros" (Ibídem).

No es fácil elegir el personal cuando éste resulta escaso y las necesidades son muchas. Sin embargo, decía el Rector Mayor en su informe al XXIII Capítulo General refiriéndose precisamente a este punto, "hay que hacer opciones de prioridad" (núm. 167) y pensar que es la mejor inversión, si queremos cultivar la tierra para que nazca pujante la siembra y el carisma sea fecundo.

Puede ser útil a muchas inspectorías el compromiso tomado por una Región en la última visita de conjunto. Lo formuló así: "En la formación es decisivo el papel de los agentes y de los equipos. Constatamos que hay limitaciones en el servicio de los formadores, en la unidad de los criterios de discernimiento y de formación y en la continuidad de su proceso. Por ello, todas las inspectorías deben preparar formadores, cuidar la unidad de discernimiento y formación y asegurar una continuidad suficiente en los equipos formadores" (siguen los medios y modos).

## **2. Análisis de los abandonos para evaluar las condiciones de la formación**

Este punto podría parecer fuera de sitio. Se trata de un problema delicado y complejo, que ahora consideramos desde una perspectiva limitada y concreta, en cuanto que el análisis de la perseverancia y, más directamente, de los abandonos durante la formación inicial (no hace falta recordar que no son esporádicos...) puede ser ocasión para revisar el proceso de la formación y estimula a buscar maneras más adecuadas de acompañamiento.

Este tema aparece, de uno u otro modo, en todas las visitas de conjunto.

El Rector Mayor, en su informe al XXIII Capítulo General, hizo un análisis detenido de este fenómeno y dio indicaciones muy interesantes, que sería útil repasar en los consejos inspectoriales, en las comisiones de formación y en las reuniones de formadores (cf. núms. 157-160. 169. 174).

En bastantes inspectorías se está haciendo un discernimiento serio sobre lo que ha ocurrido en los últimos años.

A esta lectura desde una perspectiva formativa están llamados el inspector con su Consejo e, indirectamente, los formadores cuando redactan la explicación que acompaña a la comunicación de una salida "al final de los votos" de un profeso temporal o a la solicitud de su dispensa.

Parece útil recordar las indicaciones del manual “Elementos jurídicos y praxis administrativa en el gobierno de la Inspectoría” (núms. 94-96), que, por encima de los aspectos jurídicos, piden un discernimiento atento y responsable; lo cual comporta analizar la situación que ha vivido el solicitante y revisar las condiciones formativas que ha tenido su experiencia.

He aquí algunas de las cosas que se piden al inspector para los distintos casos:

– “Cuando un profeso temporal deja la Sociedad al final de sus votos, el inspector enviará solícitamente comunicación de la misma a la Secretaría General, indicando los datos sobre su salida y las principales motivaciones que la han causado” (núm. 94).

– Cuando un profeso temporal solicita dejar el Instituto, “el inspector analiza con su Consejo la petición del profeso y envía al Rector Mayor un informe que haga ver la graves razones que han llevado a pedir el indulto antes del final de los votos. Conviene que dicho informe incluya un breve currículo de la vida del profeso” (núm. 95).

– Cuando un profeso perpetuo pide dejar el Instituto, “el inspector mandará una documentación adecuada, que permita al Rector Mayor y a su Consejo valorar en conciencia si hay motivos para conceder la dispensa” (núm. 96). Dicha documentación, entre otras cosas, incluye:

- un informe bien estudiado del inspector sobre el origen y las causas de la crisis de dicha vocación, su desarrollo y el diálogo del inspector y/u otros superiores con el interesado antes de llegar a la decisión de pedir la dispensa;

- la valoración final y el parecer del inspector con su Consejo sobre la concesión de la dispensa” (núm. 96).

Como se ve, en estas indicaciones se habla ciertamente de comunicar una decisión, de dar un parecer sobre una solicitud y de ofrecer datos y el currículo; pero mucho más aún se pide, hasta donde sea posible, valorar y ayudar a entender el origen, el desarrollo, las causas, las graves razones, las principales motivaciones, el diálogo, etc., que han inducido a pedir la dispensa o, en su caso, a no renovar los votos después de años de un camino de formación acompañado personalmente que había hecho vislumbrar o mostrado claramente la idoneidad (las aptitudes) para la vida salesiana.

Estos puntos deben tenerlos en cuenta el salesiano que hace la solicitud y el inspector que la presenta.

De la valoración, que no puede dejar de referirse también al ambiente for-

mativo en que ha vivido el solicitante, se podrán sacar indicaciones para las condiciones formativas que hay que asegurar.

### **3. De los documentos a la praxis de la formación: papel de la comisión inspectorial de formación**

Las condiciones que hay que asegurar en la formación están indicadas con claridad en el documento “La Formación de los Salesianos de Don Bosco” (o “Ratio”) y en los directorios inspectoriales, y se evidencian al analizar el estado de la formación.

La dificultad práctica llega generalmente cuando hay que pasar de los documentos a la programación y a la práctica. En este campo puede desempeñar un papel importante la comisión inspectorial de formación, a la que se le confían “tareas de programación, coordinación, actuación y revisión” (ISM 369). Dicha comisión “tiene una responsabilidad propia en coordinar todo el proceso de la formación inicial, cuya continuidad debe sobre todo asegurar. Se encarga de unificar los criterios de discernimiento vocacional y de admisión, favoreciendo encuentros entre el Consejo de la comunidad formadora y el Consejo inspectorial para aclarar los criterios de la verificación vocacional” (Ibídem).

Dicha comisión debe verificar la coherencia entre los documentos y la praxis de la formación en la inspectoría, como dice “La Formación de los Salesianos de Don Bosco”: “Cada inspectoría debe controlar con regularidad —de ordinario mediante su comisión inspectorial de formación y, más raramente y según la función que le compete, por medio del Capítulo inspectorial— la aplicación concreta del directorio en su sección de formación. El inspector informará de ello al consejero general de formación” (FSDB 184).

Si dicha comisión cumple su papel siguiendo las orientaciones y normas de la “Formación de los Salesianos de Don Bosco” y del directorio inspectorial y controlando su aplicación concreta, ayudará a la inspectoría a asegurar las condiciones que permiten dar respuesta a los objetivos, a las necesidades y a las prioridades de la formación (cf. ISM 366). En cambio, un funcionamiento de la comisión que sea poco sistemático o que esté poco atento a los documentos-guía, favorecerá la dispersión de fuerzas y el debilitamiento práctico de la acción formativa.

## Conclusión

¿Cómo asegurar las condiciones para que sea positiva la experiencia formativa? De las visitas de conjunto nos llega una respuesta concreta.

Cuidando la “preparación al noviciado”, el acompañamiento personal y la dirección espiritual; asegurando la presencia de formadores y el cumplimiento de las tareas de la comisión inspectoral de formación, y aprovechando el análisis de los abandonos para una evaluación de la acción formativa que estimule a hacerla de manera más adecuada.

A la propuesta vocacional hecha con confianza porque “todavía hay buena tierra” (ACG 339) y a “nuestra oración” para que el Señor esparza a manos llenas la simiente (ACG 341), debemos añadir el esfuerzo concreto y perseverante para que la semilla tenga las condiciones que le permitan desarrollarse y dar fruto.

# REZAR CON LOS JÓVENES

LUCAS VAN LOOY

*Consejero de pastoral juvenil*

## Introducción

Los jóvenes y los seglares están teniendo un papel cada vez más central en la programación y actuación de los programas pastorales inspectoriales y locales. En los encuentros de salesianos e Hijas de María Auxiliadora con los jóvenes se crea una base común de espiritualidad, y juntos preparan modalidades de actuación en el campo educativo-pastoral.

Surge entonces la pregunta: ¿Cómo debe comunicar la comunidad salesiana su espiritualidad a los colaboradores seglares y a los jóvenes, para que éstos puedan participar en ella?

El XXIII Capítulo General nos invitó a actualizar nuestra oración: “Cada generación está llamada a inventar su oración, con fidelidad a la tradición y en confrontación valiente con la cultura y sus problemas. Por ello, la oración salesiana sabe aceptar las nuevas modalidades que ayudan a los jóvenes a encontrar al Señor en la vida cotidiana. O sea, es flexible y creativa, siempre atenta a las orientaciones renovadoras de la Iglesia” (núm. 176). No es posible dar criterios fijos y válidos para todas las culturas y todos los tiempos, porque la oración salesiana “conecta con la vida y en ella se prolonga” (Const. 86). En cambio, cabe señalar direcciones en las que moverse.

Al rezar con los jóvenes como comunidad, habrá tensiones, que son inevitables. Lo admite el manual del director salesiano: “Nuestra oración debe afrontar la tensión entre espontaneidad y regularidad, entre improvisación y orden, entre libertad y leyes, entre autonomía y obligación. Son polos de dirección opuesta. El equilibrio es difícil ... Se trata de ensamblar obediencia e inventiva, prudencia y novedad, discernimiento y paciencia” (núm. 182).

Para que un trabajo esté bien hecho, hacen falta personas preparadas, con gran sensibilidad por lo que late en el corazón de los jóvenes y por su cultura, junto con el sentido litúrgico y la atención a las exigencias y ritmos de la comunidad salesiana.

Recordemos aún, como punto de partida, que “la oración salesiana nació con los jóvenes y se desarrolla en comunión con ellos” (núm. 182).

## 1. Necesidad de nuestro tiempo

Es fácil ver los motivos que piden nuestro esfuerzo.

– El XXIII Capítulo General nos lanzó a una estación de programación pastoral y nos pide trazar el camino de fe con itinerarios concretos (núm. 230); las inspectorías y las comunidades locales viven, pues, una etapa de definición de “cómo” presentar la fe a los jóvenes. La expresión palpable e inteligible de la espiritualidad, que está en la base de toda la vida y actividad salesiana, es un modo excelente de garantizar el sentido de una presencia salesiana.

– Por otra parte, la crisis vocacional nos lleva a preguntarnos por el modelo de vida religiosa que hoy proponemos a los jóvenes. ¿Cómo leen éstos nuestra vida y cómo pueden comprenderla desde su posición? Por ello, no es sólo el rezar con ellos como comunidad lo que nos preocupa, sino también cómo hacerlo para comunicar de modo inteligible lo que debemos transmitir por mandato de Jesucristo y en sintonía con san Juan Bosco.

– Con frecuencia el esfuerzo de la comunidad responde a una petición insistente de los jóvenes. Sobre todo, los mayores, los animadores juveniles y quienes se comprometen en la misión salesiana, quieren compartir la espiritualidad y desean claridad de fondo en nuestra ins.)spiración.

– Los jóvenes que están lejos, los últimos y los muchachos que normalmente frecuentan nuestras obras no siempre tienen antecedentes de religiosidad. En muchos lugares la iniciación en el misterio y el primer contacto con Dios y con la Iglesia tiene lugar en nuestra casa. Ello requiere, por nuestra parte, una aproximación muy atenta, delicada y decidida.

## 2. Forma parte de nuestra historia

Para san Juan Bosco, la oración era la conexión normal y constante entre la vida (y los jóvenes) y Dios. Él supo unir íntimamente su ser educador y su ser sacerdote. Escribe Eugenio Ceria: “En Don Bosco el espíritu de oración era lo que en un buen capitán es el espíritu marcial y en un buen artista u hombre de ciencia el espíritu de observación: una disposición habitual del alma, que se



hace acto con facilidad, constancia y amor visible” (cf. *Don Bosco con Dios*, CCS 1984, págs. 77 s.). Su “estar en Dios”, cuando se hallaba entre los chicos, le daba la posibilidad constante de confrontarse con él y ver los pasos que tenía que dar con ellos. Su diálogo con Dios y con María Santísima era una búsqueda continua para dirigir la obra que le había encomendado el Señor.

Los adjetivos que solemos encontrar cuando se habla de la oración salesiana son: humilde, llena de confianza, apostólica, gozosa, creativa, sencilla, profunda. El artículo 86 de nuestras Constituciones cierra la lista diciendo que “conecta con la vida”.

Significa que los jóvenes están presentes en la oración del salesiano. “Igual que en Don Bosco, en el salesiano la oración precede, acompaña y sigue a la acción, como factor irrenunciable y necesario” (*El proyecto de vida de los Salesianos de Don Bosco*, pág. 743).

San Juan Bosco buscaba y componía las oraciones a medida de la sensibilidad religiosa de sus alumnos y animaba las celebraciones adaptándolas a ellos; el hecho de rezar el rosario durante la celebración eucarística ha de interpretarse como una pedagogía de oración en un período en que la participación en la eucaristía era pasiva. La oración de los muchachos era también expresión comunitaria de la oración de la comunidad salesiana. Era, pues, una sola cosa la oración de la comunidad y la de los jóvenes. La presencia de los jóvenes en la oración comunitaria le facilitaba al salesiano hablar a Dios de sus alumnos y a éstos de Dios.

La oración en el Sistema Preventivo es un modo activo, gozoso y festivo de iniciar a los jóvenes en la vida espiritual; se hace a medida de los jóvenes y no con un estilo excesivamente elevado, intelectual y severo. Al mismo tiempo es un testimonio de nuestra fe (cf. *El proyecto de vida...*, pág. 744).

Igual que para san Juan Bosco, nuestra vida en medio de los jóvenes es, espontáneamente, comunicación con Dios, revelación de nuestro punto de referencia y de los motivos de nuestro hacer.

Por desgracia, últimamente los salesianos se hallan con frecuencia más distantes de los jóvenes; ello hace que caminen separadas la expresión comunitaria de la espiritualidad y su actuación en la misión educativo-pastoral. Los locales de oración de la comunidad a menudo están reservados a los salesianos y en la organización de la obra y del trabajo con los chicos los momentos de celebración y oración se reducen a lo mínimo.

Por otra parte, los jóvenes, debido a motivos históricos y culturales, no encuentran en su ambiente muchas oportunidades de desarrollar su sensibili-

dad religiosa. Esto hace cada vez más urgente nuestro esfuerzo de ayudarlos a ponerse en contacto con Dios.

### **3. Elementos característicos de la oración comunitaria**

#### *3.1. Su fundamento está en el carisma*

Cuando la comunidad salesiana ora, expresa la fuente de su espiritualidad y muestra un carisma que el Señor ha querido suscitar. El carisma se manifiesta en la misión y en una espiritualidad. La oración comunitaria no es sólo efecto de la misión común, sino que es al mismo tiempo su fundamento: “La oración construye la comunidad”, escribía don Luis Rícceri (ACG 269, pág. 30).

La comunidad procura crear comunión con los jóvenes como expresión de la salvación, y comunica su espiritualidad como método de implicación y participación en su riqueza carismática. Estar con los jóvenes tiene su razón de ser en el diálogo con el Señor y en la preocupación de Jesucristo, el Señor, de atraer hacia sí a los jóvenes. El camino del salesiano es signo de la presencia amable del Señor, manifestación del amor del Padre. La oración personal hace que esto sea posible. “A quien reza por y con los jóvenes le será más fácil hacerse amar”, dice don Egidio Viganó. Esta comunión de oración lleva a la comunión apostólica y a compartir el mismo proyecto pastoral (cf. ACG 338, págs. 29-30).

#### *3.2. Fecundidad educativa*

Toda la vida salesiana tiene valor educativo: su finalidad es el crecimiento orgánico del joven. La comunidad salesiana en oración es expresión de su “llamada a ser testigos, sobre todo entre los jóvenes, de Cristo muerto y resucitado, único salvador” (In dialogo con il Signore. Guida alla comunità salesiana in preghiera, pág. 33). Nuestra oración no sólo es expresión de fe, es también “escuela de fe para los jóvenes” (23º CG 217). El salesiano y la comunidad saben que deben enseñar a rezar ofreciendo experiencias adecuadas y graduales, bien programadas, pero también con la límpida transparencia de su vida espiritual. La comunidad va continuamente de Dios a la educación y de ésta a Dios: “La tarea educativa resulta ser, así, el lugar privilegiado de nuestro encuentro con él” (23º CG 95).

### 3.3. *El joven: la zarza ardiente*

“Los destinatarios son, para el salesiano, una especie de zarza ardiente que ilumina su especial alianza; en ellos ve la imagen de Dios, y sus necesidades materiales se convierten en sus preocupaciones espirituales” (Egidio Viganó, ACG 338, pág. 32). Esta zarza que arde es común para todos los salesianos por su misma vocación y por la misión comunitaria. La gracia del encuentro con Dios tiene lugar en el servicio a los jóvenes: es ahí donde nos espera el Señor (cf. 23º CG 95).

### 3.4. *La comunidad educativa y la Familia Salesiana*

La misión salesiana se confía a la comunidad educativa, en cuyo centro está la comunidad salesiana como su núcleo animador. Todos los miembros de la comunidad educativa participan en la misión, que es su razón de ser y de actuar. Para participar plenamente en el carácter misionero de la comunidad salesiana, los miembros de la comunidad necesitan ser iniciados en la espiritualidad que le da vida e inspiración. Es imposible separar la misión salesiana de su fundamento carismático espiritual, precisamente porque el amor a los jóvenes es lo que une a la comunidad educativa. Por lo mismo, no se puede dejar a la comunidad educativa fuera de su expresión espiritual. La comunidad salesiana tiene, pues, el deber irrenunciable de ser levadura en la comunidad educativa.

También tiene que compartir su espiritualidad con los grupos y los miembros de la Familia Salesiana. La oración común, inspirada en la misma preocupación por la salvación de los jóvenes, se convierte, así, en fuerza de cohesión para la comunidad educativa y la Familia Salesiana.

### 3.5. *Las vocaciones*

“La pastoral, en su aspecto más íntimo, no es más que una pedagogía del encuentro, ... [a fin de que los jóvenes] entren en el misterio que los salva más que cualquier otra vivencia” (El director salesiano..., núm. 194). Este encuentro se produce con la mediación de las personas y de la comunidad. Es, por tanto, “indispensable implicar en la oración vocacional a los jóvenes más maduros espiritualmente —escribe don Egidio—. Es preciso saber cuidar el estilo de la oración: que sea viva y eclesialmente actualizada, que dé la alegría de sentirse amigo de Cristo, que haga percibir la imprescindible misión histórica

de la Iglesia en el mundo y que sea ejercicio de generosidad y disponibilidad” (ACG 341, pág. 14).

### 3.6. *Los últimos*

Nuestra misión se expresa de modo más claro cuando participamos en la vida de los últimos, de los jóvenes pobres y abandonados. Nuestra oración comunitaria halla, pues, su expresión más específica cuando se hace con los chicos pobres. La oración salesiana “no es difícil ni complicada ...; nos hace ver que la vocación a la santidad no se limita a un pequeño grupo de elegidos” (Egidio Viganó, ACG 338, pág. 35). La comunidad que se une a los jóvenes más pobres, “primeros y principales destinatarios de su misión” (Const. 26), para expresar con ellos su anhelo de conocer y amar a Dios y de caminar juntos hacia el modelo del hombre nuevo que es Cristo, hallará en ello la expresión más fuerte de su significado.

## 4. **Algunas sugerencias concretas**

No es fácil sugerir cosas concretas para que los salesianos participen en la oración de los jóvenes y éstos en la oración de la comunidad salesiana. Sin embargo, sentimos la necesidad de invitar a las comunidades a buscar con ardor la unidad entre ritmo espiritual y ritmo educativo y pastoral, y a abrir su propio espacio espiritual al mundo juvenil.

Las sugerencias que ofrecemos facilitarán la reflexión comunitaria.

### 4.1. *El gusto de rezar con los jóvenes*

El principio de tener en cuenta lo que gusta a los jóvenes hay que aplicarlo también a su camino de oración. Nuestra dicha es estar con ellos. En las comunidades donde no se acostumbra a rezar con los jóvenes, organicéense sistemáticamente actos de oración con ellos, en los que participe toda la comunidad, que los considerará como “su” práctica de piedad.

### 4.2. *Rezar “como si estuvieran siempre los jóvenes”*

Las características de “gozosa, creativa, sencilla y de conectar con la vida”, a

que se refiere el artículo 86 de las Constituciones, valen también para cuando la comunidad reza sola. La comunidad se siente incompleta cuando faltan los jóvenes. Elíjanse, pues, expresiones y signos que gusten a los jóvenes: cantos, oraciones, símbolos, modos de rezar, etc. Si perdemos la creatividad cuando rezamos solos, pronto la perderemos también en el campo de nuestro trabajo.

#### 4.3. *Invitar sistemáticamente a los jóvenes a rezar con la comunidad*

Cuando el XXIII Capítulo General habla del acompañamiento vocacional, pide al director que “invite, a los más dispuestos, a compartir los momentos más significativos de nuestra vida” (núm. 252). Lo cual supone darles un puesto activo en nuestra oración, como protagonistas, igual que lo hacemos cuando tratamos de educarlos.

#### 4.4. *Expresar de forma transparente nuestra vida espiritual*

Para testimoniar nuestra fe y dar a conocer, a nuestros colaboradores, a los miembros de la Familia Salesiana y a los jóvenes, el fundamento y la inspiración de nuestra vida, es preciso que conozcan y capten nuestra vida de oración. La comunidad debe estudiar el modo de hacer transparente su vida de oración, examinando y experimentando formas, lugares, horarios y referencias que hagan de ella una expresión de comunión y no un “coto cerrado”.

#### 4.5. *Enseñar a rezar*

Muchas inspecciones organizan escuelas de oración abiertas a la zona. En ellas se aprende a rezar bien y de modo variado. Las escuelas de oración acercan a los jóvenes a la comunidad salesiana en un camino de oración. Así se obtiene un doble efecto: los salesianos aprenden a ser guías de oración y los jóvenes aprenden a rezar. Aquí es importante recordar que todas las inspecciones deben preparar salesianos para esta tarea.

#### 4.6. *Dar testimonio de oración personal*

Si queremos que nuestros jóvenes aprendan a rezar, es necesario que vean en nosotros modelos de oración. El salesiano debe distinguirse por ser hombre de oración. Nuestro ejemplo tiene más fuerza que cualquier método de enseñar

a rezar. Un joven reza, si ve al salesiano rezar intensamente; se confesará, si ve confesarse al salesiano; hará al visita al Santísimo, si la ve hacer al salesiano; Dios contará en su vida de cada día, si ve que cuenta en la del salesiano.

## **Conclusión**

En cada lugar o zona será más fácil hallar modos concretos de implicar a la comunidad con los jóvenes, para crear una verdadera comunidad de oración. Por la intimidad con Dios y la comunión espiritual entre todos los miembros de la comunidad educativa y de la Familia Salesiana, nos hacemos signos y portadores del amor de Dios a todos, especialmente a los últimos. Nuestra vida espiritual, educativa y pastoral hallará expresión y pleno significado en la unión concreta de oración apostólica con todos.

## 5. DOCUMENTOS Y NOTICIAS

